

SUSURROS

SUSURROS



Lucas Herreros Rodríguez

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: mayo 2026

Depósito legal: SE 1521-2026

ISBN: 979-13-7046-862-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Lucas Herreros Rodríguez
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Para mi madre, por ser la primera persona que me hizo ver que la bondad existe y que el amor tiene forma de un abrazo.

Sigo caminando gracias a tu luz.

Este libro es tuyo también.

PRÓLOGO

Mamá solía decirme que los monstruos no existen. Que solo son producto de nuestra imaginación, sombras provenientes de lo más profundo de nuestro inconsciente. Me calmaba diciendo que no había nada que temer, que nadie observaba ni acechaba en mi armario, ni debajo de mi cama, ni detrás de mi ventana, ni siquiera en la oscuridad que me rodeaba cuando la luz estaba apagada.

Ella decía muchas cosas para que no tuviera miedo, para que fuera valiente, y capaz de encontrar la luz incluso en los momentos más oscuros. Mi yo más profundo quiso creerla. Pero ella se equivocaba. Las heridas más profundas no sangran en la piel, sino en la memoria. Y tras el Terror, descubrí una macabra verdad, una verdad que ella me ocultó durante muchos años: los monstruos existen. Y están dentro de nosotros.

ACTO I:
SOMBRAS

Jueves 6 de octubre, 11:00 de la noche.

El termómetro apenas marcaba los 4 grados. La Calle Ancha de mi ciudad natal se inundaba por una cruel tormenta, una tormenta que mancharía el «limpio» historial de esta pequeña metrópolis. Los faroles iluminaban charcos que reflejaban la neblina y las sombras de los edificios, deformando la ciudad en un espectáculo de luces mortecinas. Los castroverdanos volvían a sus hogares, creyendo erróneamente que este solo era un día más.

Marcos, un humilde ciudadano más, volvía a su casa tras un largo día de trabajo honrado, o eso es lo que se decía a sí mismo. Con su traje azul empapado y maletín blanco en mano, vagaba por la Calle Ancha de su querida ciudad. Cada paso sobre el adoquinado mojado resonaba como un aviso. Su corazón latía con una mezcla de temor y culpa, como si supiera que la noche no le traería descanso. Menos después de la carta anónima que llegó a su mesa:

«Sé lo que hiciste...».

Intentó no pensar más de lo necesario. Recordó lo que había hecho durante el día: reuniones interminables, decisiones que pesaban más de lo que había imaginado, y rostros de colegas que ocultaban algo bajo esas sonrisas rutinarias. ¿Había algo que pudiera reparar? La pregunta le provocaba un escalofrío que subía por la espalda. Sus pasos se aceleraron; el miedo y la ansiedad se mezclaban con la lluvia, empapando su traje y su alma.

«El pasado nunca muere, siempre te sigue, Marcos...».

Se preguntaba si algún día podría escapar de su pasado. No había manera de evadirlo, no mientras cargaba con los errores que corrompían su ser con el paso de los años. Ni siquiera su cargo, importante y poderoso, le daba un respiro. El poder, pensó, no era protección; era un espejo que amplifica la culpa.

Mientras avanzaba, la tormenta parecía intensificarse, como si la noche fuera consciente de su inquietud y quisiera apurar el destino que le deparaba. Las gotas caían pesadas, golpeando su rostro, empapando su cabello y provocándole un frío que calaba hasta los huesos. Cada charco reflejaba imágenes distorsionadas: la suya, la de la ciudad, la de recuerdos que desearía no haber tenido.

Marcos recordó momentos que preferiría enterrar: una decisión apresurada que dejó a alguien en la ruina, una traición sutil que había disfrazado de necesidad, el susurro de promesas rotas que todavía le perseguían en la mente. Pero la peor de todas fue el fuego y los gritos, una llama que nunca se ha apagado en su interior. Cada recuerdo se le clavaba como agujas invisibles que parecían perforar su corazón, recordándole que la justicia divina, de alguna manera, siempre encontraba la forma de alcanzarte.

Fue entonces cuando sintió algo. Una presencia. Sutil, casi imperceptible, pero allí, entre la lluvia y la neblina. Al principio creyó que eran nervios, fruto de la tormenta y la fatiga, pero la sensación no se fue. Se volvió, aunque no había nadie a la vista, y un escalofrío recorrió su columna vertebral.

«¿Quién podría querer hacerme daño? Nadie sabe lo que hice... ¿o sí?».

Marcos sintió un olor peculiar, mientras estaba llegando a su hogar cerca de la estación de tren, un olor que le resultaba familiar. Lo reconoció, aunque no pudo ubicarlo en el momento. Un instinto le advirtió que estaba cerca, demasiado cerca. Sus pasos se volvieron más rápidos, pero la calle estaba vacía;

no había nadie a la vista. Y sin embargo, la sensación persistía: alguien lo vigilaba.

Cerca de la estación de tren, Marcos se detuvo. La calle estaba desierta, salvo por la lluvia y el viento que azotaba los toldos y las ventanas cerradas. De repente, una voz emergió de la tormenta, clara y firme.

—Marcos…

El nombre resonó en su cabeza como agujas clavándose aún más en la cabeza. La piel se le erizó, y el corazón pareció detenerse un instante. No era un grito, tampoco un insulto; era la certeza de que alguien lo conocía, alguien que había esperado el momento exacto para acercarse. Su respiración se volvió rápida y entrecortada.

«¿Quién eres?».

No había tiempo para analizarlo. La sombra apareció entre la lluvia: alta, oscura, deslizándose como una anomalía que no debía existir. Marcos apenas la distinguía, pero lo suficiente como para notar que aquel ser no tenía prisa; no necesitaba correr. Todo lo que emanaba era control y certeza, cual cazador que sigue a su presa.

—El pasado es como una sombra, Marcos —dijo la sombra, con voz firme—. Siempre está detrás de ti.

Las palabras cayeron sobre él como un martillo, un fuerte dolor en el pecho resonaba con más fuerza. Marcos recordó, de golpe, todos los errores, todos los secretos que había ocultado, todas las injusticias que había cometido. La culpa lo envolvió, densa, húmeda, imposible de sacudir. La tormenta ya no era solo externa; era parte de él.

De pronto, los recuerdos tomaron forma. Entre las gotas y el reflejo de la luz de los faroles, comenzaron a aparecer figuras. Una niña con ojos marcados por la rabia, un anciano señalándolo con el dedo, una mujer con un rostro lleno de reproche. Sus voces resonaban dentro de su cabeza, amplificadas por la adrenalina y el miedo:

—¡Tú me hiciste esto! —tronó el anciano, su voz retumbando como un trueno.

—¡No tengo futuro por tu culpa! —chilló la niña, su tono casi inhumano.

—¡Yo no lo sabía, lo juro por Dios! —balbuceó Marcos, temblando.

—¡Tu sentencia es la muerte! —sentenció la mujer.

Cada acusación se clavaba en su mente como agujas. No podía huir, no había dónde correr, no había refugio. La oscura figura avanzaba a un paso lento pero seguro. Con cada pisada, los ecos de su pasado se hacían más nítidos.

La caída de cada gota de agua fue acompañada de un fuerte dolor agudo en el pecho. Su respiración fallaba, y su cabeza estaba envuelta en un rugido ensordecedor de memorias y arrepentimientos. Intentó gritar, pero ningún sonido salió de su garganta.

Los charcos en el suelo reflejaban su terror: un hombre atrapado entre la tormenta y su propia conciencia.

Su mirada se posó en un reflejo distorsionado: su rostro empapado de agua y sangre, sus ojos desorbitados, la expresión de miedo absoluto. Y entonces entendió que no había escapatoria. La ciudad misma parecía conspirar contra él con cada sombra, cada farol, cada gota de lluvia que era testigo de su caída.

Entonces, la navaja apareció. No hubo advertencia, ni lucha; solo un instante en el que todo se volvió blanco y frío. El dolor se expandió, consumiendo su visión, y cada pensamiento se mezcló con la lluvia y la sangre. Sintió cómo la vida escapaba de su cuerpo, con latidos cada vez menos intensos, hasta convertirse en un eco distante.

«Esto es el final... el infierno me espera...».

La figura retiró la hoja y Marcos colapsó, empapado, encharcado en sangre y lluvia. Su último pensamiento fue un susurro de arrepentimiento jamás expresado, una verdad que salió a través de miedo y sangre. Un susurro que nadie escuchó bajo el rugido

del tren, pero el mensaje había llegado a los ajusticiados. Los ecos corpóreos se desvanecieron.

La tormenta siguió su curso como si nada hubiera pasado, ignorante del asesinato que se había consumado. La sombra permaneció un instante más, observando el cuerpo con una mezcla de orgullo y fría determinación. Aún tenía planes para él. Con su presa ya eliminada, la figura sombría desapareció bajo las aguas de la lluvia, sabía, con fría certeza, que esto solo acababa de empezar…

ACTO II:
EL MENSAJE

I

—¡Carter, despierta! ¡Pedazo de mierda! ¡El cierre de edición es en veinte minutos y tú estás holgazaneando! —gritó su jefe desde la otra sala.

—Ya voy, *Sheriff*, ya voy… —respondió volviendo a teclear, sin convicción alguna y con los ojos medio cerrados tras sustituir ocho horas de sueño por siete tazas de café.

El Hermes olía a tinta, a café recalentado y a resignación. Era el lugar ideal si te gustaba la mezcla a café pasado, la claustrofobia y el sudor a partes iguales. El pequeño periódico solo contaba con cinco empleados, cada uno más quemado que el otro, con Carter como su miembro más reciente.

El más novato del Hermes era un chaval americano con veinticuatro años a sus espaldas, pareciendo el retrato perfecto del periodista quemado: camisa blanca arrugada, barba de tres días y ojeras profundas como trincheras. Sus dedos, manchados de tinta y café, se movían con la torpeza de quien lleva demasiado tiempo viviendo entre las máquinas de escribir. Aun así, tras ese cansancio en su mirada había un brillo en sus ojos, ese que solo conservan los que todavía creen, en lo más profundo de su alma, que las palabras pueden cambiar algo. Sin lugar a duda, lo más cuidado era su chaqueta de cuero, marrón como la rugiente motocicleta

que siempre llevaba al periódico. Posesiones muy cuidadas, es lo que tiene cuando vienen de familia.

Pero de la cadena de mando del Hermes, la figura más importante era Charles, apodado «*Sheriff*» por sus trabajadores, pero no era por su autoridad, sino al sonido característico de las espuelas en sus botas. Esas botas y el enorme sombrero que las acompañaban eran reliquias de sus «años mozos», cuando aseguraba haber sido apodado «el Halcón», «el hombre más rápido que su sombra», aunque nadie se atrevía a preguntarle en qué sentido. De complexión robusta y firme, su camisa, igual de marrón que sus puros, siempre tenía una mancha de café que contaba la historia de ese día. Su pelo repeinado y sus ojeras permanentes hacían juego con el aire cargado del Hermes.

Para los que no lo conocían era un jefe insoportable, gritón y sarcástico, para Carter en el fondo, muy al fondo, tenía un extraño sentido de la lealtad. Si uno de los suyos cometía un error, Charles rugía y lo maldecía en todas las jergas que te puedas imaginar, pero al día siguiente estaba en su escritorio junto a él durante todo el día si hacía falta. —«Aunque esto parezca un naufragio, nadie abandona el barco» —decía siempre.

Era obvio que Charles era el capitán que mantenía el Hermes navegando, y eso Carter lo sabía muy bien. Después de hablar con su extravagante jefe sobre el cierre de edición, regresó a su puesto de trabajo, allí encontró un sobre, no tenía sello, ni remitente. Pero sí reconoció la firma con una letra extraña, como si ya lo hubiese visto antes. El contenido de esa carta hizo estremecer a Carter, desbloqueando recuerdos y emociones que creía olvidados, o que simplemente había reprimido en lo más profundo de su ser. Tras varias horas en su mesa mirando la carta, decidió llamar a dos personas que una vez fueron pilares en su vida. Siempre había tenido la tentación de llamarlos, pero algo siempre lo bloqueaba en el último minuto, pero esta vez tras varios años era la oportunidad perfecta.

Cogió su teléfono y marcó dos números que él ya sabía teclear sin mirar. Mientras los llamaba y les explicaba sobre la carta, un pensamiento inundaba su cabeza:

—¿Esta es mi mala suerte o simplemente ha sido el destino? —se dijo a sí mismo.

Fuera el caso que fuera, sabía que ya era hora de reunir a la vieja banda.

II

El sonido de un teléfono irrumpió en el despacho de un bufete de abogados ese mismo día. Una mujer respondió la llamada, sin saber lo que ese acto le depararía.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja la mujer.

—Ayame… siento si te interrumpo algo, pero tenemos que hablar. Debemos reunirnos los tres —le contestó con voz tensa el joven periodista del Hermes.

—Carter… —dijo de forma suave, abriéndose a la nostalgia y a los recuerdos—, han pasado dos años.

—Lo sé… pero he recibido una carta anónima en mi trabajo y… lo que vi… —la joven abogada pudo notar el temblor de Carter al expresarse.

—¿Qué había en el sobre, Carter? —preguntó con preocupación Ayame.

—Aquí no —afirmó Carter, con inquietud en su voz—. Reunámonos en casa, los tres, donde solíamos quedar siempre. Dentro de dos días —expresó esta vez con firmeza.

—De acuerdo… —contestó en voz baja Ayame, no muy convencida del todo—, ten cuidado —añadió, con aún cierto cariño en su voz.

—Tú también, Dulcinea —respondió Carter con el mismo tono, usando el apodo cariñoso que siempre le decía.

Mientras dejaba el teléfono, Ayame volvió a sentir esa sensación que creía olvidada, cuando estaba con su vieja banda. Re-

cuerdos y nostalgia invadían sus pensamientos, ecos de momentos más felices que el ahora. Pero por otra parte también resurgió algo oscuro. El terror, el miedo, la confusión, la desesperación, y sobre todo, el dolor y tormento de aquella fatídica noche.

Se apartó un mechón de cabello oscuro que se le había pegado a la mejilla por el sudor de trabajar todo el día. Su reflejo en el cristal del ventanal le devolvía una mirada cansada, pero firme, de ojos almendrados y rasgos afilados que delataban sus raíces japonesas.

A veces pensaba que su propio rostro, al igual que su espíritu, era como un campo de batalla: la calma oriental de su madre y la obstinación española de su padre chocando en silencio. No era alta, pero su presencia y carácter bastaban para llenar cualquier sala; y aunque muchos la confundían con una mujer frágil por su complexión delgada, bastaba un cruce de miradas con ella para entender que debajo de ese rostro sereno habitaba una voluntad de hierro.

Encendió la televisión del despacho que tenía para intentar despejar sus pensamientos. Se emitía uno de los varios debates políticos del Círculo Español Tecnócrata vs la Unión Nacional Española. En él, Marcos Martínez, alias «El Caballero Blanco de España» y líder del CET, debatía con el otro líder de la UNE, Rodrigo Olivar, alias «El Buen Pastor del pueblo», sobre el plan de reforma del Hospital «Edén» en la ciudad de Castroverde. Ayame, al volver a ver las ruinas del hospital, apagó de inmediato la tele. Durante unos segundos, el reflejo de las llamas en su memoria sustituyó la luz azul del gran monitor, y sintió una rabia igual de ardiente que los fuegos de aquella noche.

Decidió centrarse en el trabajo que le faltaba por finiquitar ese día para despejarse. El bufete de abogados en el que trabajaba, Abogados Aletheia, estaba casi vacío a esas horas de la noche, y más con la rugiente tormenta que estaba asolando esta última semana. El zumbido de las lámparas fluorescentes y el golpeteo

de la lluvia contra los ventanales de la oficina componían una melodía que Ayame siempre encontraba relajante, a diferencia del ruido extremo de la gran metrópolis en la que vivía, Ciudad Costera. Era una ciudad enorme pero llena de podredumbre y de mugre, lo único que a Ayame le encantaba de ese sitio era la playa, el único sitio cuidado, a diferencia del resto de la zona. Allí siempre podía encontrar paz y tranquilidad cuando estaba quemada del trabajo.

Durante un par de meses, había estado centrada en dos casos de despidos improcedentes a dos grupos de trabajadores que estuvieron de huelga cuando pasó el despido. Ella sabía perfectamente que no tenían motivos para despedirlos, pero vivía en Ciudad Costera, allí los privilegiados con dinero siempre ganaban, mientras el pueblo intentaba vivir un día más ganándose el pan bajo su yugo. Cualquiera se preguntaría qué hacía alguien tan especial como ella en una ciudad que parecía sin ley, quizá porque ella siempre tenía la necesidad de hacer cumplir la ley, sobre todo en un sitio donde reina el caos.

Pero si en algo ha destacado este bufete es que estos dos años ha estado cooperando con la organización española ARCA —Agencia de Riesgo y Contención Avanzada— para evitar que catástrofes como el Virus Estigia volviesen a ocurrir, siendo ese factor lo que más admiraba Ayame, y lo que hizo que se uniese al bufete.

Mientras estaba comprando su ticket con el móvil para llegar al día siguiente a Castroverde, se quedó en trance mirando su brazalete que llevaba en el brazo izquierdo. Un recuerdo plateado con mucho valor para ella, más de lo que ella reconoce. Con los kanjis de 義 y 勇, este brazalete de plata le recordó a una persona que en su momento era muy importante para ella, una persona con la que se tendría que volver a ver tras dos años.

Un destello de luz se reflejaba en el brazalete que Ayame llevaba en la muñeca. Por unos instantes pudo verse reflejada en las luces, transportándola al Parque Lodares. En ese día, recordó que

caminaba con una amiga, rodeadas de árboles que filtraban la luz del atardecer.

—Es bonito… ¿Siempre lo llevas?

—Sí… Lucius me lo dio por mi cumpleaños —respondió Ayame, acariciando el metal frío.

La chica, más joven que Ayame, se fijó en los kanjis, curiosa.

—Esos símbolos… ¿qué significan?

—¿Esto? —dijo Ayame, sonriendo—. Son Gi y Yu. Ambos representan la justicia y el coraje.

La joven se sorprendió, abriendo los ojos de par en par.

—¡No sabía que mi hermano sabía japonés!

Ayame rio suavemente.

—Le voy enseñando sobre la marcha. No se le da mal… para ser un principiante.

—De verdad… entonces él no es tan terco y alborotador, ¿verdad? —dijo la adolescente, con un brillo travieso en los ojos.

—Depende de con quién esté —respondió Ayame, con una ligera sonrisa—. Lo de terco, sí te lo puedo confirmar.

—Conmigo también se comporta distinto —dijo la muchacha, cruzando los brazos y mirando a su alrededor—. Recuerdo aquella vez que dimos varias vueltas por el centro buscando otro detalle para tu cumpleaños… estaba tan concentrado que casi ni hablaba, pero cuando le mostré lo que elegí, sonrió como nunca lo había visto. Es majo, protector… todos saben que los sindicalistas aquí suelen ser un poco rebeldes, y mi hermano no es la excepción.

Ayame se sorprendió y rio suavemente, sin poder evitar cierta ternura:

—¿De veras? A veces lo veo muy… distante.

—A veces suele tener esos prontos —respondió la niña—. Sobre todo, después de lo de nuestro padre… pero no siempre es así. Cuando está conmigo, se preocupa, se asegura de que nada

me pase, y… a veces hasta hace tonterías solo para hacerme reír. Creo que Carter le ha pegado eso.

Ayame dejó escapar un suspiro, pensativa:

—Nunca lo habría imaginado… es extraño. Muchas personas son como un libro abierto, lo que ayuda mucho a la hora de ver cómo son. Con Lucius siento que no es el caso.

—No eres la única —dijo la niña con un guiño—. Pero él también cambia cuando está contigo. Lo veo en cómo te mira, en cómo se preocupa por ti… igual que cuando está conmigo, o con Mamá. Solo que de forma distinta.

Un pensamiento pasó por la mente de la joven Ayame: ¿Cómo puedo querer y a la vez odiar a una persona? Ese sentimiento le hizo recordar momentos que le llenaban el alma cuando la vieja banda pasaba horas y horas deambulando por las calles de Castroverde, soltando chistes y comentarios sobre los profesores de su universidad. Recordaba esos momentos como si fueran ayer pero también vino algo más oscuro, el desencadenante que los separó.

III

La lluvia seguía golpeando los ventanales del gran bufete de Ciudad Costera, pero a cientos de kilómetros de allí, en Montelares, una multitud enfadada con el yugo administrativo caminaba como uno solo bajo esa misma tormenta. Todos gritaban con una sola voz, pidiendo justicia tras la conmoción que todavía ha causado la quema del hospital. Las pancartas temblaban con el viento, los paraguas se rompían con cada kilómetro recorrido, pero ninguna voz se apagaba.

—¡No más mentiras! —rugió un manifestante desde la primera fila.

—¡Justicia por las víctimas del Estigia! —clamó otro, con el rostro empapado.

—¡Gobierno de asesinos! —gritó una mujer, alzando una vela que se apagó enseguida.

La protesta había comenzado en la pequeña plaza del pueblo, pero ya recorría los quince kilómetros hasta el Ayuntamiento de Castroverde, la pequeña metrópolis y epicentro de la Castellana.

Muchas personas dirían que era una pérdida de tiempo, que era inútil tras estos dos años; pero para estos ciudadanos no había causa más noble que luchar por marcar una diferencia allí.

—¡Basta, compañeros! —la voz surgió entre la multitud, clara y firme, igual que el estruendo de la tormenta—. ¡Escuchadme todos!

El joven, de unos veintidós años, subió varios peldaños del ayuntamiento para que todos lo viesen. Su presencia imponía sin necesidad de alzar demasiado la voz y los ropajes que llevaba eran bastante únicos. Portaba una chaqueta vaquera oscura, con una leve quemadura en el hombro izquierdo y el viejo emblema del grupo *«El Canto Silencioso»* cosido en la espalda. La prenda, empapada por la lluvia, parecía llevar tantas batallas encima como él mismo. Bajo el cuello deshilachado asomaba una bufanda gris, y en su mirada azul, tan fría como el hielo, se mezclaban cansancio y determinación.

—¡Me llamo Lucius Baldovinos! —gritó con una fuerza que resonó en toda la plaza.

La multitud se calmó al unísono.

—Algunos ya me conocéis. Todos somos conscientes de la locura que desató la noche del Terror, el cómo muchos de nosotros perdimos familia, amigos, parejas, en aquel hospital…

Lucius se detuvo por un momento. La multitud guardaba silencio al ver cómo la mirada del joven se perdía en el vacío, como si buscara a alguien entre las sombras de la tormenta. Los ecos de aquella chica que había perdido aquella noche aún le pesaban en el alma, y durante unos segundos, la furia se mezcló con el dolor en su voz.

—¡Pero no podemos dejar que sea en vano! —expresó, con aún restos de rabia y dolor—. El CET y la UNE no hicieron nada mientras un virus apagaba lenta y silenciosamente las vidas de la gente que amábamos. ¡Y en estos dos años han pretendido que olvidemos y pasemos página con falsas promesas y bellas mentiras!, como si el fuego no nos hubiera dejado cicatrices.

Para Lucius algunas cicatrices eran visibles, pero las peores eran las que no lo eran.

—¡Fuimos nosotros los que decidimos tomar cartas en el asunto! —continuó con convicción Lucius—. Los hombres y mujeres de lo más bajo de la pirámide los que hemos pedido respuestas, los que hemos lamido nuestras heridas, y los que hemos jurado que una calumnia así jamás volviese a ocurrir. Hemos sido nosotros los que hemos forzado al gobierno y al ARCA a investigar sobre el virus, no con un susurro de pocas personas, sino con el grito de miles de ella…

Una cuerda se tensó e interrumpió el discurso de Lucius. Un sonido seco, metálico, cortó el aire. La multitud enmudeció al unísono. Lucius giró la cabeza, y lo que vio le heló la sangre. Desde el balcón del ayuntamiento pendía una cuerda, oscilando bajo la lluvia. Al final de ella, el cuerpo de un hombre se balanceaba torpemente bajo la lluvia, como un muñeco de trapo. El relámpago siguiente iluminó su rostro. La muchedumbre y el propio Lucius no podían hacer nada ante la crueldad que estaban presenciando:«El caballero blanco de España» y líder de la CET, torturado y mutilado en pleno centro de la metrópolis.

Su traje, antaño azul, estaba manchado y bañado en rojo. Donde había un corazón bombeando solo quedaba un vacío hueco con el cartel escrito en sangre:

«Mentirosos».

El silencio apenas duró unos segundos. Luego, el inevitable caos.

Lucius aún estaba perplejo ante tal salvajismo. Intentó recuperar la compostura, pero inevitablemente aquella situación lo